

EL CID Y LA ENVIDIA

Los álamos del Arlanzón baten sus hojas con el viento como frágiles espadas de plata. He dejado atrás las riberas heroicas con reliquias de abriles helados, sobre la verde promesa de una primavera tardía, para llegar a San Pedro de Cardeña. Piedra y cielo, frente a frente. Gris sobre azul. Y la tierra, ocre, que ondula, desierta y mísera, hacia el horizonte.

Una luz blanquecina, de altos ventanales sin sol, ilumina el interior del monasterio. En la iglesia, junto a una ojiva a medio cubrir—restos de una torre medieval incrustada en la construcción gótica—una ventana. El prior—sonrisa juvenil en rostro de labriego—explica:

—Desde aquella ventana, Jimena se despidió del Cid.

Cierro los ojos. Y como en un sueño, se vuelven a recoger, al empuje del viento, las hojas del viejo calendario del tiempo. Estamos en 1081. Aquí mismo, al umbral de este convento, acaba de llegar el Cid ¿Por qué está aquí? ¿A qué ha venido?

El Cid es viajero sin posada, ejemplar vasallo de un Rey que no le comprende. Nos llega su leyenda en un manojo agreste de versos inmortales. El Cantar es monumento arqueológico de valor inestimable para conocer el clima espiritual, el íntimo talante de una raza. Sus páginas descubren hondos secretos del alma nacional. La raíz psicológica de España no se encuentra en su historia —la vida de sus Reyes, los anales de sus batallas—, sino en la vivencia de su literatura. Cada hecho que relatan las letras descubre parcelas vivas del espíritu hispánico.

El Poema es algo más que un relato de aventuras caballerescas. Constituye una larga teoría de ejemplificaciones morales. Equivale, ante todo, a la más noble apología de la fidelidad humana.

El Cid es fiel a su Rey a pesar de la indiferencia, casi de la crueldad, con que éste le trata. No nos explicamos la infinita paciencia del caballero. Es tenaz hasta lo inverosímil en la lealtad a su Señor. Al espíritu tornadizo y versátil del Español, el Cantar brinda el más alto ejemplo de constancia. Pero en las estrofas que copió Per Abat se vislumbra una recóndita

censura. Su intención se escinde hacia los dos extremos de la tensión política: el que ejerce el poder y el vasallo.

Hacia el primero fluye desde el Poema una suerte de sutil admonición. El Rey debe mostrarse más comprensivo y generoso con quien tan eficazmente le ha servido. Dar oídos a la insidia puede ser manantial de incalculables vicios políticos. Los que magistralmente señala Menéndez Pidal, agrupándolos bajo los conceptos de «invidencias» e «inselección». Cuando las salpicaduras de la malevolencia llegan a enturbiar, en la cumbre del poder, la visión objetiva de los auténticos valores humanos, puede producirse una selección a la inversa. No a los más aptos, sino a los de más simple personalidad, se les otorga mayor confianza. El espíritu receloso de Felipe II nos ofrece el mejor ejemplo de esa radical actitud.

Y junto a la implícita advertencia al que gobierna, un consejo al súbdito. Consejo cristiano, de prudencia, de resignación, de humildad. Porque el Cid no se desespera por tan adversa incomprensión. Tiene fe no en la justicia de la tierra, sino en la trascendente y divina del cielo. He ahí su estímulo. La razón última de su abnegada rectitud, de su indeclinable patriotismo.

El Cid es un Quijote verdadero. No un personaje imaginario. Con su propio dolor ha pagado el precio de su alto idealismo. Y también, como el caballero cervantino, simboliza la encarnación popular que sufre la burla de los señores. Los condes ultrajan, en las hijas del Cid, la fama del Campeador. Mas en los dos hígalgos se afirma y queda a salvo el honor del pueblo. Poema democrático, el Cantar, se difunde en él, como un perfume, el eco de las más humildes virtudes populares. Es la misma constante literaria que se repetirá con el teatro de Lope, donde el pueblo fiel al Rey es, frente al señorío feudal, la representación de la justicia verdadera.

Poemas medievales, romancero, teatro clásico, picaresca o novelas de caballería, las letras nacionales expresan el concepto de la existencia, la manera de ser de todo un grupo social. Vicios, grandezas, caídas y sublimaciones, cada personaje literario traduce el alma de la historia.

Las páginas del viejo código son como tenues pinceladas de azogue, puestas detrás del cristal transparente de la vida. Allí vemos a España retratada.

El Cid ha servido a su Rey. Ha acudido a Sevilla a cobrar las parias que Almutamiz, el Rey moro, debía al cristiano. El Conde García Ordóñez, en complicidad con Almuñadiz, Rey de Granada, ataca a Almutamiz. Y el Cid defiende al tributario de su Señor, cervantino, que simboliza la encarnación popular que sufre la burla de los señores. Los duques escarmentan a don Quijote. Los condes ultrajan al Cid, porque «le ovieron

muchos envidia y buscáronle mucho mal», hasta enemistarle con el monarca.

En el primer verso del manuscrito original del Cid, dolorido por esa ingratitud, parte para el destierro.

«De los sos ojos tan fuertemente llorando».

El tema de la envidia ha hecho su aparición en la literatura nacional. Su presencia se mantendrá inmutable, como una condenación bíblica, a través de los siglos...

De pronto, un clamor de bronce me despierta de mi ensimismamiento. Ha sido como salir de un largo sueño, pero han pasado sólo unos segundos, Los trapenses, que acaban su oración en el coro, cruzan frente a mi lado. ¿Habrán rezado, acaso, por un amanecer de generosidad y de comprensión entre los hombres? ¿Por el destierro, no del Cid sino de la cizaña que encona y envilece a los pueblos? ¿Habrá valido el sacrificio de estos monjes —aquí en la pura estela cidiana— para que el rescoldo de los más negros sentimientos hispánicos se borre del amargo paisaje que contemplan mis ojos?

Un ruido misterioso me saca de mis meditaciones. Es el viento que, azotando ventanales abiertos, puertas olvidadas en desvanes vacíos, parece el rumor de una galopada fúnebre y distante.

—Es el galope de «Babieca» —pienso. Y por un momento imagino que el caballero de la «barba vellida» ha vuelto a cabalgar, redivivo— como en el mito del sebastianismo lusitano por tierras de Castilla, para repetir, con los acentos del recio poema medieval, sus eternas y olvidadas lecciones.

A la salida del monasterio he visto un extraño monumento: una columna de granito sobre grandes losas de piedra. He mirado con detenimiento la inscripción. Sí; allí me esperaba «Babieca». Pero no vivo y galopador. Sino inmóvil — hecho sombra y ceniza— en su legendaria e irredenta sepultura.

PEDRO ROCAMORA.

De «A B C».